



**AURELIA LEYVA i GABRIELLA MONACELLI, pròleg a
l'edició de *Sábado, domingo y lunes* d'Eduardo De
Filippo. Servicio de Publicaciones de la Universidad de
Granada, 1991.**

En un coloquio con los estudiantes de Arte Dramático de Roma, a la pregunta de uno de ellos acerca de hasta qué punto su relación con Pirandello ha influido en su obra, Eduardo responde: «Yo, a decir verdad, no comprendo este pirandellismo que los críticos me atribuyen, ¿qué significa?, ¿qué quiere decir?, ¿qué he copiado de Pirandello? ¿De qué temática suya me he apropiado? Si es esto lo que entienden por pirandellismo me parece que no hay nada que decir al respecto, porque me parece obvio que empezando por mi concepción del teatro y acabando con mis personajes a menudo pobres, hambrientos y maltratados por la vida, pero siempre convencidos de que es posible construir una sociedad más justa y humana, nada podría estar más lejos de la idea teatral de Pirandello y de los personajes de sus obras.

En cambio si por pirandellismo se entiende que yo lo he leído ávidamente, que he escuchado y amado su teatro y

que a él lo he conocido y venerado... entonces sí: estoy enfermo de pirandellismo».¹

Nos parece que estas palabras de Eduardo contestan, por sí solas, a todos los críticos que se empeñan en encasillarlo en un teatro abiertamente pirandelliano.

En realidad sus obras, que empezaron con una clara influencia del teatro napolitano —sobre todo de Eduardo Scapertta, Antonio Petito y Raffaele Viviani— fueron, por su mismo contenido, ensanchando los horizontes primitivos, de lo que era casi una farsa, hasta alcanzar las obras de renombre universal, mundialmente conocidas, y que en su país han llegado a formar parte de la vida de los italianos.

¹ Coloquio en el Teatro Eliseo de Roma, 1976, apud. Isabella Quarantoni *De Filippo, Eduardo: polemiche e pensieri. Pagine inedite*, Milano, Bompiani, 1985, p. 172.